

# LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

## El monte maldito.

LEYENDA TRADICIONAL.

(Conclusion.)

III.

El de Rocaberti llegó de prisa y dominado por una idea pertinaz, que ni un momento e abandonaba, al pintoresco valle donde vió por primera vez á la que le habia arrebatado la calma, y donde segun la promesa de su desconocido iban á cesar todas sus angustias. Porque es de advertir que la pasion que sentia habia ido acrecentándose á medida que habia sido contrariada; si Maria hubiera cedido como otras muchas doncellas de aquellos montes á los halagos del caballero, aquel amor se hubiera probablemente convertido en hastío en el instante de ser satisfecho, fin á que vienen á terminar generalmente las pasiones de los hombres gastados y corrompidos, cuyo amor es el deseo, cuyo afan es mayor cuanto mas comprometido está su orgullo, y cuyos apasionados suspiros pasan tanto mas pronto cuanto mas débil ó mas desgraciada es la que los escucha. Maria por el contrario, habia escuchado á D. Alvaro riéndose de sus protestas, y aquel amor desdeñado, encerrado por decirlo asi en el pecho, habia crecido

hasta tornarse un terrible incendio del alma, y en su parasismo habíanse hecho notar hasta en el rostro del enamorado caballero sus estragos, á la manera que suben á la faz de la tierra rompiendo peñas los revoltosos lagos de fuego que mugen violentos en los abismos.

Sobre el valle caian ardientes los rayos del sol de estío; ni una nube empañaba el azul del firmamento; era una de aquellas tardes tranquilas, en que parece que la naturaleza reposa agoviada por lo riguroso de la estacion y en que ni siquiera tiene fuerzas para mover las ligeras auras, ese soplo apacible con que nos regala benéfica y generosa su tierna sonrisa de amor.

Las ramas de los arbustos estaban inmóviles y como dormidas; las flores secas y agostadas; las mariposas sueltas y juguetonas revoloteando ligeras sobre la yerba y ejerciendo su despótico imperio por el valle.

Al llegar D. Alvaro á dominarlo con la vista, vió las yeguas que solia apacentar Maria, descansar tendidas casi todas, y dirigirse algunas á un abrevadero dejando oír á su paso el acompasado y monótono sonido del esquilon; cuando estuvo mas cerca pudo ver á la hermosa Maria tendida á la sombra de un laurel, durmiendo el sueño de la inocencia.

Imposible es pintar el efecto que hizo en el ánimo del enamorado caballero; saltóle el

pecho con violencia, se coloreó súbitamente su rostro, de sus ojos brotaron chispas, y se notó en su aspecto una impaciencia igual á la del tigre cuando está próximo á despedazar su presa.

Maria entre tanto tendida sobre una alfombra de yerba, recostada sobre uno de sus brazos su preciosa cabeza, entregada á un sueño dulce y apacible, parecia mas bien que una muger el ángel de la paz y de la dicha. Sus grandes ojos, entonces casi enteramente cerrados, velados por dos hileras de largas pestañas, revelaban en Maria una alma cándida, exenta de pesares y de tribulaciones; sus labios puros y encendidos plegados sobre una blanquísima dentadura, apenas perceptible por la leve contraccion de una ligera sonrisa, sonrisa en la que sin duda habia venido á sorprender el sueño, irradiaban un destello de pura felicidad; y su rostro de una blancura mate y finísima y de unas facciones proporcionadas, perfectas, componian un conjunto hermosísimo adornado por dos preciosas trenzas, rubias, sedosas y abundantes que en desorden le caian sobre su seno incitante, precioso tesoro, sobre el que no se habia posado aun una mirada impura.

Mil ideas confusas y encontradas surgieron en la abrasada mente del caballero; aquellos mas tranquilos y felices dias de su juventud en que la vida marchaba impelida por la senda del honor movido de instintos mas generosos, aquel amor inmenso, terrible, infernal que por Maria sentia y que le despedazaba el corazon, el aspecto de aquel hombre misterioso que acababa de conocer, su extraña promesa, sus últimas palabras con que le habia terriblemente emplazado, y cuyos ecos resonaban aun en sus oidos como un tremendo grito de maldicion, su alma negra y horrible atormentada por el peso de los crímenes y el remordimiento vendido al desconocido por una hora de placer y de amor; todo, todo se presentaba en revuelto torbellino ante los ojos de su acalorada fantasía. Sin embargo puestas en lucha aquellas ideas, bien pronto desaparecieron todas al grito del amor que en aquellos momentos prevaleció, mas potente, mas enérgico, mas irresistible que nunca.

Como si fuera arrastrada por un poder ocul-

to, su mirada se fijó sobre la dormida doncella y le asaltó un destello de virtud, un pensamiento noble; casi se arrepintió entonces D. Alvaro de haber venido á aquel sitio; pero repentinamente parecióle mirar el rostro sesgado y torcido del viejo que se reia de su incertitud y le afeaba con el mote de cobarde. Aquello era una verdadera tentacion. D. Alvaro era hombre que no queria pasar por débil ni miedoso ni aun ante su propia conciencia, y ya que su amor le habia arrastrado hasta allí y habia empeñado su palabra de caballero, no era ya tiempo de cejar. El desconocido habiale cumplido su promesa y la ocasion se le mostraba propicia. Si la fortuna le abria su camino ¿debia resistirse á sus halagos? Cualesquiera que fueran las consecuencias, el destino le arrastraba, y en cuanto á su alma, estaba contento de que se le llevara el viejo, si era bastante osado para venir á arrancársela del cuerpo. Hé ahi en resúmen el razonamiento que en pensamiento formuló el de Rocaberti.

Precipitóse luego sobre el tendido cuerpo de Maria é imprimió sobre sus sonrosados y frescos labios un beso ardiente y criminal; al ruido de aquel beso que resonó en el valle pareció estremecerse la naturaleza; de las espesas nubes que habian adelantado ocultando el sol, retumbó un lejano trueno, y una récia ráfaga de viento hizo gemir desde la yerba hasta la encina levantando á su paso el blanco lienzo que cubria el nevado seno de la casta doncella.

Ayes lastimeros y doloridos, gritos de horror y de desesperacion, juramentos terribles y un ruido sordo como de forcejar y de lucha obstinada dejáronse oír buen rato en el valle. Aquellos gritos se hicieron sucesivamente mas débiles, como si fuera perdiendo las fuerzas la persona que los pronunciaba. Por último no se oyó otro ruido que el del viento y el de la tempestad que se acercaba.

Media hora despues el poderoso Señor D. Alvaro de Rocaberti, descompuesto y desmenado, marcado su desencajado rostro con el sello del crimen salvaba á largos pasos la aspereza del monte, como si huyera de su misma sombra. La tempestad que entre tanto

había arreciado, se deshacía en furioso turbión sobre su cabeza.

#### IV.

Nuestro caballero había tomado un nuevo método de vida; dada al olvido la caza, saliendo rara vez del castillo, pasaba las horas para él eternas, paseando por cámaras y corredores, hasta que venía á sorprenderle la noche.

A la impaciencia febril que antes le dominaba había sucedido una profunda melancolía. Parecía que aquella cabeza se debilitaba y que aquel corazón hasta entonces tan ardiente, había perdido su sensibilidad. Acompañaba á todas sus acciones, una distracción tranquila, fría, lúgubre, distracción del que nada espera ó del que á fuerza de sufrir vive maquinalmente como muerto en el torbellino del mundo.

No reñía á los siervos, ni abofeteaba como antes á los pages y criados, abandonaba á los demás el cuidado de los negocios y mostrábase mas afectuoso con el capellan y con su esposa.

Desvivíase esta última por verle contento; y á pesar de que sabía que era D. Alvaro algo galante y enamoradizo, y apesar de que por este motivo hábale á menudo herido la espina de los celos, olvidaba sus propias desventuras la amante é infortunada dama ante el peligro que corrian una salud y una vida para ella tan caras.

Sus desvelos y cuidados eran inútiles, porque D. Alvaro estaba enfermo del corazón; á falta de llorar los ojos, del pecho arrancaba lágrimas de hiel para purgar sus extravíos y sus crímenes y el grito de remordimiento le atormentaba con voz potente y continua.

El estado de enagenación en que vivía databa del malhadado día en que se vió solo en el bosque con su crimen, espantado de su amor y perseguido fatídicamente por la tempestad.

El crimen había sido horrible. La infeliz Maria, despues de ser víctima de su pasión impura y loca, había sido herida de muerte por aquella misma mano que le regaló, envuelta en una humilde violeta, la primera

chispa de su amor fatal. La daga del delirante D. Alvaro hábale atravesado el pecho en pago de su heroica resistencia y de su virtud.

El alma casta de Maria subió triste y llorosa, plegada sobre sí misma al trono del Altísimo; desprendiéronse de ella al cruzar los celestes espacios, mil perfumes suaves y puros, y regocijados entonaron un cántico los querubines. El alma de Maria será el ángel tutelar que vela eternamente por las doncellas virtuosas y desdichadas.

El Señor la llamó á sí para su bien; si hubiera sobrevivido á su deshonra, hubiera luego muerto desesperada al contemplarse.

D. Alvaro al propio tiempo que forzador había venido á ser homicida.

Tres días despues del terrible atentado, á poco de haber sonado la queda en el campanario del castillo, retiróse á su cámara, despidiendo á la puerta su servidumbre. Su cuerpo cansado de sufrir necesitaba el descanso del sueño; su alma postrada acariciaba la idea de reposo; más ¡ay! las almas de los réprobos hallan en el sueño un vasto espacio sin horizonte, negro como sus crímenes, trepado de zanjas y sembrado de abrojos; del fondo de la oscuridad destacan sombras ensangrentadas que las amenazan fieras, como encargadas de velarlas y negándolas el dulce reposo de que disfrutaban todos los seres.

El cuerpo de D. Alvaro quedó pronto tendido en su cama, inerte como un tronco. La expresión torva y fiera de su rostro, sus ojos entreabiertos, su boca visiblemente contraída, su violenta posición, su respiración agitada, visto todo á la débil luz de una lámpara que iluminaba la estancia, eran indicio claro de que su alma vagaba miedosa y azorada al influjo de un sueño espantoso por las tenebrosas regiones que cruzan los apenados espíritus.

Asaltóle una terrible pesadilla; vió trás los fúnebres cortinajes negros con manchas rojas que le cercaban, asomar mil cabezas parecidas á la del anciano á quien se había vendido en cuerpo y alma, estendian hácia él sus brazos, y mil manos callosas y enormes coronadas por dedos largos y huesosos llegaban casi á rozar su frente; de sus bocas salían palabras terribles que herían sus oídos como si los batieran á martillo, y al hedor de su

aliento emponzoñado y sofocante exhalaba D. Alvaro ayes estentóreos.

Oyó una voz robusta y ronca como nacida y difundida instantáneamente por el espacio, de pronunciar seco y sañudo, entre el estrépito de alaridos y risotadas.

«He cumplido mi palabra; cumple tu la tuya. Ha vencido el plazo. Si dentro de tres días no te presentas en el bosque, vendré á arrancarte el alma en tu mismo castillo.»

Así dijo la voz, y las risotadas y los gritos iban siendo cada vez más cínicas y feroces. El horror de la visión despertó al apesarado caballero.

Encontróse revolviéndose en la cama entre los brazos de la angustiada esposa que á sus gritos había acudido seguida de la alta servidumbre. Un sudor frío, helado bañaba el rostro de D. Alvaro; estaba fatigado y sin aliento.

—Horrible delirio, dijo: parece que los diablos me persiguen hasta en sueños.

—Calma tu espíritu, dijo la dama; estando nosotros á tu lado, nada temas.

—*Ave Maria*, murmuró por lo bajo el capellan, y fué corriendo en busca del hisopo y el agua bendita, acompañado de dos jayanes bien armados, por lo que les pudiera acontecer en el cercano corredor.

Dióse por cierto que el señor del castillo estaba hechizado.

Pasaron otros tres días. Durante ellos no salió del castillo ni un escudero, y si una sola vez se levantó el rastrillo. Al fin del tercero, á la hora en que los últimos destellos de la tarde pugnan antes de ser tragados por la oscuridad de la noche, el cielo estaba encapotado y revuelto; pardos nubarrones coronaban las altas torres, y alla en el lejano horizonte y por sobre las copas de unas tortuosas encinas asomaba entre nubes menguada y casi roja la estrecha y arqueada faz de la luna.

A la débil claridad que derramaba, los centinelas apostados en las almenas, vieron avanzar en dirección al castillo una masa informe, verdinegra, que se revolvía en distintas direcciones, como se revuelve cuando marcha el escamoso cuerpo de la serpiente. Aquella masa despedía reflejos pálidos y fulgurantes.

Los centinelas que eran sin duda experimentados, adivinaron al instante en aquel objeto la avanzada de un ejército enemigo. Sobre el fondo oscuro de las armaduras brillaba el reflejo de las armas.

En un momento púsose en movimiento el castillo.

V.

Es fama que aquella noche conservóse muda la campana que anunciaba á los fieles la oración vespertina, por más que la dobló con todas sus fuerzas el monago, cabalmente á la misma hora en que la hueste enemiga se presentaba ante los muros con gran pasmo de todos los que tal estrañeza presenciaron.

Los más medrosos se santiguaron en vista de tal prodigio; otros contentáronse con decir que aquello era de mal agüero; y los más incrédulos se rieron asegurando que el tal monago debía dormir á pierna suelta cuando soñó haber tocado á las ánimas.

Ello es que la coincidencia de no haber sonado la campana y de acercarse al castillo hombres de armas y el unirse á esto la quebrantada salud de D. Alvaro puso á todos impacientes y recelosos. Por otra parte el enemigo se acercaba y aquello no tenía espera; en menos de media hora púsose el castillo en estado de defensa. Cada saetera fué cubierta por un centinela; el agua depositada en los algibes, corrió por el foso, la enseña del de Rocaberti ondeó enarbolada en la torre más alta, y cubrieron el adarve mil soldados vistiendo camisote y perpunte y bien armados de espadas, lanzas, hondas y ballestas. Junto á las almenas se armaron trabuquetes, fundíbulos, (1) y otras máquinas de guerra, y todos espararon silenciosos la señal del combate.

D. Alvaro entretanto no perdía el tiempo; había recibido la noticia de que era cercado con muestras de una desesperación salvaje; sus ojos inyectados en sangre habían derramado por la estancia una mirada estraviada, y rompiendo de corage la copa que á la sazón

(1) *Trabuquete, fundíbulo, algarada, mángano, ingenio* &c. armas ofensivas; especie de máquinas de que se servían en la edad media para arrojar piedras y flechas al enemigo.

le escanciaban había pedido á gritos su armadura y ordenado que tuvieran prevenido su corcel de batalla.

Poco despues armado de punta en blanco, con yelmo y loriga de reluciente acero, con falda y calzas de malla, empuñada una enorme espada de temple toledano, estaba en la plaza del castillo, mandando ahorcar á dos que se habian resistido á tomar las armas, só pretesto de que aquel cerco era sin duda un justo castigo del cielo, y ordenando por boca de un faraute que seria colgado de una almena todo el que, en caso de asalto, cejara un solo paso.

La hueste enemiga entretanto, avanzando magestuosamente, tomaba posesion ventajosa en las eminencias que rodeaban el castillo.

Muy poco tardó en dispararse la primera ballesta. La señal de atáque fué contestada por una lluvia de flechas y piedras de los de Rocaberti, pues á más de ser fuertes y aguerridos y de contar con un gefe valiente y obstinado, ibales la cabeza el dar la menor muestra de miedo, porque ninguno de ellos recordaba haber visto jamás á su señor tan desesperado al entrar en ningun hecho de armas.

El enemigo impasible é imperturbable por aquel ataque, avanzó un escuadron de ginetes hasta clavarse delante del foso. Parecia que no les hacia mella el hierro que como lluvia les arrojaban desde el muro. Eran ginetes de una talla gigantesca, montados en corceles tambien de alta talla, bravos, y engualdrapados de negro. Aquel escuadron, cuyos caballos relinchaban de una manera sombría, como si aguardáran impacientes el instante de pisar cráneos enemigos, cuyos caballeros vestian armadura completamente negra hasta la cimera que ondeaba al viento de la noche, parecia un escuadron de fantasmas terriblemente apostado para arrasarse el castillo.

A la poca luz que derramaba la luna por entre el encapotado cielo, adivinábase en uno que entre los demás ginetes montaba mas inquieto, de fáz mas torva, de ademàn mas enérgico, el gefe del escuadron. Si D. Alvaro le hubiera visto entonces el rostro, hubiera retrocedido espantado, porque hubiera conocido en él al mismo anciano de la selva.

D. Alvaro no habia salido á cumplir su palabra, y él iba, segun lo prometido, á arrancarle el alma en su mismo castillo.

Pero ¿quién era aquel hombre extraordinario que bajo el humilde sayo de villano ejercia tanto poder y reunia una mesnada tan terrible?

Los peones de aquel ejército, avanzando tambien en ala estendida, maniobraban yá junto á los ginetes, y conócíase que se disponian para el asalto. Aunque armados mas á la ligera, cubrian sus cabezas capellinas de malla, vestian fuertes perpunes, y calzaban abarcas, todo negro, y para acabar de imponer é infundir pavor al enemigo, notábase en sus pechos por divisa una llama roja.

Los disparos de las hondas y de las ballestas se habian hecho por ambas partes mas seguidos, y oíase sordo un zumbar continuo y vago que repetian los ecos de la selva.

Diríase que el peligro habia dado á los sitiados nuevo corage.

La hueste acometedora reunió sus fuerzas junto al flanco de una elevada torre. En un abrir y cerrar de ojos cegaron el foso con piedras, tierra y ramas, y defendidos por un ferrado mantelete (1) abrieron brecha en el muro.

Las fuerzas del castillo se concentraron en aquel punto, pero inútilmente. Su denuedo y decision fueron vanos; los enemigos lo arrollaban todo, y parecian un vendabal transformado en formas humanas, protegido por los espíritus, y enviado para el esterminio. Pasaron por sobre el foso los peones y trás ellos los ginetes, y dentro de la torre trabóse un crudo combate.

El crujir de las espadas y de las lanzas llenaba aquellas bóvedas, y á la luz de las teas que habian encendido los que asaltaban para alumbrarse en el camino, las sombras de aquellos guerreros se destacaban sobre las tenebrosas paredes informes y amenazado-

(1) El mantelete era una especie de cobertizo construido de madera y muchas veces sarrado de hierro por la parte exterior. Iba con ruedas, y servia para resguardar á los que avanzaban hasta el muro enemigo, sin que les pudieran hacer daño las piedras de las algaradas ni otras armas contrarias.

ras. A cada golpe que daban aquellos terribles campeones, caía uno de los del castillo luchando con las bascas de la agonía, y al revolverse y al fuerte trotar de los caballos arrollaban cien moribundos y sus cascos teñíanse en sangre.

Del ejército sitiador no caía un solo hombre.

Sordos rugidos eran los únicos acentos que pronunciaban aquellos hombres implacables y serenos, que avanzaban sembrando la muerte. Los sitiados iban perdiendo terreno, y á pesar de su valor perdían la serenidad porque conocían que no podían sostener la lucha con un poder sobrehumano.

Veíase á lo lejos, saliendo de los ángulos del castillo, un humo que por momentos se hacía mas denso, y que á medida que se removía en la atmósfera, formaba á la luz de la luna, mil visos caprichosos y extraños. Parecía oírse un rumor como el que produce al consumir los objetos las voraces llamas de un incendio.

El negro ejército había adelantado ya por todas las avenidas del castillo, y en su ancha plaza, se había trabado la lucha mas encarnizada y sangrienta: por entre el fugitivo y desalentado bando se abrió paso, rugiendo de desesperación, un terrible caballero. Era D. Alvaro; brotando chispas sus ojos al través de la calada visera, dando al aire su rojo penacho, con su aspecto incontrastable, parecía el genio del combate mas bien que un mortal.

Topó cara á cara con el hombre de la selva.

Al mirarse los dos caballeros, suspendióse el crujir de las armas y de los arneses, y la gritería que exhalaba en la fuga la desbandada hueste amenguóse un tanto.

—Cobarde, díjole el anciano al airado Don Alvaro; falso y traidor, que así faltas á tu palabra, como te escondes cuando te busco? Prepárate á seguirme. Tu alma es mía y vengo á buscarla.

—Y ¿quién eres? repuso el de Rocaberti en voz ahogada por el terror.

—Soy el que te dió á Maria, soy el diablo.

—Maldición, exclamó anonadado D. Alvaro, y aquella última palabra fué repetida

como un fúnebre coro por aquel ejército que el diablo capitaneaba.

D. Alvaro antes de presentarse á morir en la plaza había pegado fuego á los ángulos del castillo, impulsado de una idea desesperada é infernal. Aquel fuego había tomado creces hasta ser horrible; el castillo vomitaba llamas por entre las almenas, y sus bóvedas se derumbaban entre humo y polvo arrastrando tras sí la rota señera en que se dibujaba el blason del de Rocaberti.

Retumbaba en el seno del empinado monte á que servía de remate el castillo uno como trueno, y del suelo salían también llamadas de un fuego sofocante y azulado, que producía un calor intenso y daba á los objetos un tinte horrible y fantástico. El fuego de la tierra confundíase allí con el del infierno, y Dios permitía que aquel castillo maldito fuera presa de una legión de diablos.

La montaña rodeada de fragoso bosque aparecía iluminada por aquella inmensa hoguera.

Al oír D. Alvaro que le motejaban de cobarde, tiró exasperado de su espada; saltó de su gigante caballo su adversario y esperó impávido la arremetida; pero dos minutos después la espada de D. Alvaro voló por el aire hecha astillas al choque de la terrible tizona del negro caballero; abrazáronse luego con furor, y el fuego chisporroteó con mas furia, y un trueno retumbó sobre sus cabezas, y aquel ejército de diablos entonó saltando entre las llamas un cántico disonante é infernal. Vióse entonces al formidable caballero levantar en sus hercúleos brazos á D. Alvaro, y confundidos los dos saltar por el espacio. Una ráfaga de viento llevó un grito entre ahogado y delirante; el cuerpo de D. Alvaro estrujado por el diablo acababa de lanzar de sí su alma condenada.

Aquellos espectros fueron hundiéndose en los abismos; los fragorosos cánticos fueron cediendo al silencio en aquella maldita mansión.

A la mañana siguiente la gente de los contornos miraron con gran asombro tragado completamente el castillo, con señales visibles de un reciente y voráz incendio, y su asombro creció de todo punto porque nada habían visto ni oído durante la noche.

Donde estaba asentada la fábrica, quedaron salientes y empinadas rocas formando un promontorio escarpado, como aserrado por todos lados y casi inaccesible.

Este lugar situado entre Castell-Leon y puertos de Benasch conserva aun por tradición el nombre de *monte maldito*.

*Juan Bautista Ferrer.*

### El cementerio.

Tranquila noche con su negro manto  
Cubre la tierra ya: callado el mundo  
Olvida unos instantes su quebranto  
El misero mortal: sueño profundo  
Ha cerrado sus párpados, en tanto  
Un rayo de la luna moribundo  
Paso se abre por fúnebre cortina,  
Y el campo de las tumbas ilumina.

Vela en aquellos largos corredores  
El sueño de los muertos un querube,  
Y en medio del silencio sus amores  
Les canta el ruiseñor: al cielo sube  
Desde el cáliz abierto de mil flores  
Aroma dulce en perfumada nube,  
Y de linfas sagradas al murmullo  
La paloma torcáz mezcla su arrullo.

Al pasar el umbral, el pensamiento  
Se eleva quebrantado á otras esferas,  
Agólpanse en tropel en un momento  
Tristes memorias de lejanas eras:  
Embarga al corazón el sentimiento,  
Y al ver las descarnadas calaveras  
Con vida ayer, hoy pálidos despojos,  
Inúndanse de lágrimas los ojos.

¡Qué importa lo que somos, si mañana  
Tambien hemos de ser polvo y ceniza!  
Y como les retó, tambien ufana  
Nos retará la parca, y en la liza  
Vano el saber será, la fuerza vana!  
De corola de barro quebradiza  
Flor la vida del hombre es en la tierra,  
Que abre la aurora y que la noche cierra,

«*Muerte y eternidad!*» en caracteres  
De cobalto se vé en el frontispicio:  
«Aquí acaban del hombre los placeres  
En urna funeral, y empieza el juicio:  
Felices los que cifran sus deberes

En tener al Señor siempre propicio;  
Que los muertos que en el Señor murieron  
Eterno galardón de él recibieron.»

¡Muerte y eternidad! ¡qué pensamientos  
Dos motes al filósofo sugieren!

Causa al nacer de horribles sufrimientos  
Los que hoy viven aquí mañana mueren!  
Por una gota dulce mil tormentos,  
Puñales rudos que afilados hieren  
Bebe el hombre en la vida: feliz hora  
Si hoy disfruta, despues un siglo llora.

Montones de oro y plata en abundancia  
Las arcas llenan del mezquino avaro:  
El héroe escritas vé con arrogancia  
Hazañas mil en su blason preclaro:  
De los rudos el sábio á gran distancia,  
Le llama el mundo luminoso faro.....  
Y honores, oro, plata, ciencia, todo  
No es mas que vanidad, inmundo lodo!!

En vega fértil de lozanas flores,  
Bajo un cielo de azur con mil estrellas,  
Florido en juventud, tiernos amores  
Canta fiel á la reina de las bellas  
El rey de los hermosos trovadores.  
Mañana ¡ay! ¡quién hallará sus huellas  
En el bello pensil en donde amantes  
Se entregan á placeres inconstantes!

Amor, gloria, riquezas, pesadumbre....  
¡Nada escapa al imperio de la muerte!  
Muere el débil que vive en servidumbre,  
Muere el que vive en sus castillos fuerte,  
¡Todos mañana polvo y podredumbre  
Han de tornar aquí! á nadie advierte  
La ruda parca: en su fallar severo  
Á todos mide con igual rasero.

Eternidad despues.... ¡Dulce palabra!  
Polvo vil al tornar del polvo al seno,  
Quiere el Omnipotente que nos abra  
Las puertas de otra vida el ángel bueno,  
Corona inmarcesible allí nos labra  
Con flores del Edén por siempre ameno,  
Donde reina el amor, jamás el odio,  
El ángel que fué aqui nuestro custodio.

*José Blanzart y Camps.*

### MORALEJAS.

Me dediqué al estudio de una ciencia  
Y he perdido la vista y la paciencia;

Aprendiendo por fin de la jornada  
Que aquel que sabe mas, no sabe nada.

«Cuanto mas gana el hombre en instruccion  
Pierde en felicidad su corazon.»

Escribí cierta obra muy formal,  
Gasté mi tiempo y no gustó al Fiscal;  
Novelas escribí mas de cincuenta  
Y fueron á envolver clavo y pimienta.

«El que escribe, enriquece sin querer  
A los que se dedican á envolver.»

Por creer que estaria descansado,  
Dejé las ciencias, me metí á empleado,  
Y tuve que sufrir en pocos dias  
Traslacion, supresion y cesantías.

«El que de reales órdenes depende  
Lo que ha comprado ayer mañana vende.»

Creyéndome con poca ilustracion  
Consultaba con otros mi opinion;  
Mas luego la esperiencia me ha enseñado  
Que no era yo el que estaba equivocado.

«Aquel que quiera obrar con reflexion  
Que consulte no mas su corazon.»

#### EPIGRAMA.

Dijo á Inés un atrevido  
¿Cuándo me darás un beso....?  
Y ella respondió, «sobre eso  
Hable usted con mi marido.»

D. J.

Felipe Zappino.

#### Caza de las focas ó vacas marinas.

(Conclusion.)

En Escocia, en las Orcadas, en las islas de  
Shetland y en todos los escollos de este mar, abun-

dan mucho estos animales, que por lo ordinario se refugian en grutas profundas que el mar ha escavado al pie de las riberas escarpadas. Los cazadores, en barquillas ligeras penetran en estos puntos á la luz de hachones y hacen una gran matanza de focas que se hallan sorprendidas ó admiradas en tanta manera de este resplandor á que no están acostumbradas, que se dejan matar á mazadas que les dan sobre la nariz, en cuya parte son mortales los golpes para ellas, como lo son para el perro doméstico. Esta caza se hace en Escocia en lanchas y con escopetas, cuyos cañones están rayados y alargan mucho el tiro. Los cazadores se ocultan detrás de las puntas de las rocas, y en las troneras naturalmente abiertas en las desigualdades de estas murallas apoyan sus largas escopetas, y con aquel acierto que solo pertenece á los cazadores consumados, hieren con un plomo mortal á las focas que retozan en el agua á una distancia de mas de 300 pasos. La grasa de las focas asi como la de las marzopas y la de otros cetáceos, se convierte en aceite para las tenerías y el alumbrado; las pieles de las focas, despues de secas al aire, se venden á los zurradores, y aunque no son útiles para suelas de zapatos, guarnecidas de su pelo, son buenas para formar maletas, mochilas, morrales y para hacer gorras y capas impenetrables á la lluvia.

En el dia algunos buques franceses de San Maló y de Nantes van á la pesca de las focas, que es tan provechosa como la de cetáceos. Tal vez los armadores de estos buques cometen un error en no traerse los huesos, cuya venta seria segura para la composicion del amoniaco y del carbon animal.

(Magassin Pittoresque.)

Por todo lo no firmado, F. Zappino.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12.—1857.